

El cuidado de la dependencia. Un trabajo de cuidado

TERESA TORNOS

Cuando hace ya unos años, una década poco más o menos, algunas voces destacábamos el sesgo de género que acompañaba a los casi ya olvidados yacimientos de empleo, a buen seguro que no pensábamos en los problemas y debates que suscita en la actualidad, lo que se conoce como el cuidado.¹ Pero sin saberlo, entrábamos de lleno en la problemática del *care* aunque con un enfoque un tanto distinto. En concreto, aquellas primeras críticas provenían del ámbito del trabajo, y más específicamente del empleo.² Es decir, trataban de mostrar como los servicios de atención a la vida diaria, los SAD, también denominados servicios de proximidad, corrían el riesgo de crear un ghetto donde el empleo femenino podía llegar a ser abundante pero de baja calidad. Era, por lo tanto, un enfoque realizado desde la perspectiva de género que pretendía llamar la atención sobre como aquellos yacimientos, ideados para solucionar la denominada crisis de empleo, contribuían al aumento de la segregación ocupacional entre hombres y mujeres en el mercado laboral. Una segregación que según ese argumento encontraba en el yacimiento dedicado al medio ambiente su polo opuesto. Ya que los augurios sobre ese sector presumían la creación de un empleo escaso pero mayoritariamente masculino y de mayor calidad, tal como los datos han ido mostrando a lo largo de estos años.

Aquellas críticas recordaban, además, que los servicios de proximidad reforzaban la división sexual del trabajo y la jerarquía patriarcal que se daba y se

1. Una versión castellana del término inglés *care* que muchas veces también se utiliza sin traducir dada la falta de acuerdo conceptual, tan común, por otra parte en ciencias sociales. Y, como no, dado el prestigio de la lengua inglesa en la comunidad científica.

2. Véase T. Tornos (1997), «Los servicios de proximidad. ¿un yacimiento de empleo?» en *Revista de Treball Social*, nº 147.

da en el hogar-familia al continuar atribuyendo a las mujeres unas habilidades y disposición naturales para llevar a cabo las tareas del cuidado de las personas. Cuestionaban, asimismo, que aquella propuesta, pretendidamente innovadora, olvidara que tales habilidades y disposición femeninas tienen que ver con maneras de hacer y pensar, aprendidas en el proceso de socialización diferenciador de género. Un proceso que continua utilizando la división sexual del trabajo para convertir esas diferencias de género en desigualdades sociales entre hombres y mujeres. Por último, aquellas críticas apuntaban que dadas las nuevas migraciones, los servicios de proximidad dibujaban un escenario idóneo para observar como se entrecruzan las desigualdades de género, clase social y etnia que afectan a las mujeres, conformando la triple discriminación, tal como con gran acierto ha indicado Sonia Parella.³ Todo un conjunto de reflexiones y argumentos surgidos a raíz de una solución para crear empleo que diez años después apenas nadie comenta. Aunque sea preciso reconocer que algunas de aquellas críticas si han ido encontrando su reflejo en los indicadores de las estadísticas laborales y de las recientes encuestas sobre el uso social del tiempo. Pues tanto en un caso como en otro, las cifras muestran la persistencia de las desigualdades entre hombres y mujeres en el mercado de trabajo. Y el desigual reparto de tareas domésticas y tiempo dedicado al cuidado de las personas en el hogar-familia entre géneros.

En buena medida, podría decirse que esa constatación constituye el punto de unión entre aquellas argumentaciones y el debate en torno al, hoy en día, denominado trabajo de cuidado. Un tipo de trabajo cuya cualificación permite, gracias a la polisemia del castellano, pasar del sustantivo al adjetivo destacando una característica del mismo que no suele ser atendida. Ya que más allá de la duda de si el cuidado es o no trabajo, lo que pocas voces se atreverían a negar es que las prácticas cotidianas de ese tipo de trabajo son de cuidado.

¿El trabajo de cuidado es trabajo?

En estos últimos diez años, la literatura especializada sobre el *care* ha aumentado, principalmente de la mano de las especialistas anglosajonas que ponen de manifiesto los límites del Estado del Bienestar, vigente en la UE. A pesar de que ese aumento ha pasado desapercibido a quienes se dedican al ámbito del trabajo, probablemente porque tanto los especialistas académicos como los diseñadores de políticas actúan en ámbitos estancos. Esa misma estanqueidad puede que sea una de las razones por las que, en términos ge-

3. Sònia Parella (2003), *Mujer, Inmigrante y trabajadora. La triple discriminación*, Barcelona, Anthropos.

nerales, el debate actual sobre el *care* parece obviar que no ignorar el enfoque del *care* desde el trabajo, especialmente desde el trabajo doméstico-familiar. Y ello sucede a pesar de las voces que, también en inglés, apelan al *care work* y/o reconocen la existencia e importancia del *unpaid work*.⁴ Una estrategia a la que también parecen haberse unido especialistas en familia y demografía, por un lado y teóricas del feminismo, por otro. En el primer caso, desde la demografía no suelen tenerse en cuenta las rupturas conceptuales que ayudaron a distinguir entre trabajo y empleo, hace casi treinta años. Mientras que en el segundo, cuando sí se aceptan las aportaciones desde la perspectiva de género, éstas suelen reducir el reconocimiento del trabajo de cuidado de las personas a una única deriva, centrada en la maternidad, de la que suelen destacar como rasgos más significativos el amor y la emoción. Olvidando o no haciendo suficientemente explícito que el cuidado de las personas mayores dependientes, discapacitadas, enfermas crónicas, etc., cumple con esos requisitos de amor y afecto a duras penas. Expresión ésta última que debe etenderse, de nuevo, en toda su amplitud polisémica.

Lo cierto es que esa falta de acuerdo en la definición no ha impedido que se establezcan algunos acuerdos, en torno al cuidado. El primero de ellos es que se trata de una actividad mayoritariamente femenina tanto si se realiza en el ámbito de la esfera pública, mercado de trabajo o voluntariado como en la esfera privada, léase entorno doméstico-familiar. La precisión en este punto alcanza, en el primer caso, a los servicios públicos que proporciona el Estado del Bienestar y a los servicios de las empresas privadas prestados tanto en instituciones, como en domicilios. Así como a las actividades desarrolladas dentro del voluntariado que puede abarcar a ongs, iglesia católica, y tercer sector, en general. En el segundo caso, la actividad del cuidado se considera parte de las tareas doméstico-familiares que las mujeres de la familia desempeñan entre la obligación moral y la voluntariedad, más o menos sentida o reconocida, para atender a los demás familiares. En este último punto, el acuerdo es máximo en la reseña del cuidado de las criaturas y en el quasi olvido del cuidado de las personas mayores dependientes, enfermas crónicas o discapacitadas. Un olvido que se hace habitualmente extensivo al adulto masculino que por el hecho de ser independiente económicamente y actuar como cabeza de familia parece no generar necesidades de cuidado. Asimismo, suele añadirse la característica de formalidad e informalidad a la actividad del cuidado, siguiendo una lógica mercantil que siempre actúa como pauta hegemónica incluso en aquellas actividades que se reivindican como diferentes. Hecho que, además, no deja de ser curioso, puesto que las tareas del cuida-

4. Marie-Thérèse Letablier publicó en 2001 *El trabajo de «cuidados» y su conceptualización en Europa* un buen resumen sobre la cuestión que ha sido traducido al castellano en C. Priteo (dir) (2007), *Trabajo, género y tiempo social*, Madrid, Hacer-UCM.

do de las mujeres en la familia suelen ser calificadas como de soporte informal. Cuando paradójicamente son tareas que, como bien saben las mujeres que las llevan a cabo, requieren ser atendidas con estricta formalidad, dada la rigidez y disponibilidad absoluta que presiden su práctica cotidiana.

El segundo acuerdo sobre el cuidado gira alrededor de su reconocimiento como tareas que forman parte de la identidad femenina. En ese reconocimiento coinciden diversas e incluso opuestas voces. En primer lugar, las voces biologicistas de nuevo cuño que rebrotan al calor de los estudios sobre el cerebro; las procedentes del feminismo de la diferencia más o menos cercanas a extremos esencialistas, y las herederas de las aportaciones del psicoanálisis a la teoría feminista que, en la actualidad, muestran su preocupación por arbitrar nuevos criterios de justicia social entre hombres y mujeres. En este último caso, se reivindica, además, la ética del cuidado como contrapuesta a la ética de la racionalidad que caracterizaría a las actividades del mercado, donde el amor y las emociones no tendrían cabida, según esa perspectiva.

Esas propuestas han sido matizadas por algunas miradas que, desde la Historia, han tenido a bien recordar como tales planteamientos no reconocen los cambios sufridos por las prácticas de maternidad, de acuerdo con las distintas épocas históricas. Ni que tales prácticas hayan jugado un papel tan definidor de lo que se entiende por identidad femenina. La Antropología, asimismo, ha señalado que existen otras culturas con otras prácticas y referentes simbólicos distintos a los pensados desde esa visión maternal del cuidado de la vida. Si bien se hace notar que parece existir un rasgo común a todas las culturas que define el cuidado de la vida humana como una tarea básicamente femenina. E incluso, desde la Sociología, se ha precisado que no todas las clases sociales responden a un modelo de maternidad que, en el debate del *care*, suele fijar sus pautas de referencia en el ideal mantenido de manera hegemónica en la cultura occidental, por las viejas clases medias urbanas.

Los acuerdos, sin embargo, fracasan cuando se trata de fijar una definición precisa del cuidado. En este punto, el cuidado aparece definido, principalmente, de la mano de las ya citadas especialistas en las políticas del Estado del Bienestar. En su mayoría muestran las limitaciones de tales políticas o bien proponen la organización social de cuidado como alternativa a tales limitaciones.⁵ En estos últimos años, cabe reseñar, además, las voces que tratan el tema

5. El texto de C. Thomas (1993) «De-constructing concepts of care» en *Sociology*, vol. 27, nº 4 suele ser reconocido como pionero. Y el de M- Daly-J. Lewis (2000), «The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states» en *British Journal of Sociology*, vol. 51, nº 2 uno de los que mejor argumenta a favor del *social care* que en castellano se traduce por organización social del cuidado.

del cuidado a partir de las urgencias surgidas en torno a la dependencia, sin que ello tampoco haya supuesto llegar a definiciones consensuadas. En España, eso puede comprobarse fácilmente si se atiende al debate auspiciado por la reciente aprobación de la denominada ley de dependencia, en noviembre del 2006. Pudiendo afirmarse que la situación actual de las diversas definiciones en torno al cuidado presenta tan sólo como mínimo común el considerar al cuidado como la actividad de soporte a las personas dependientes.

Así pues, una posible definición del cuidado sería reconocerlo como una actividad relacionada con el cuidado de la vida humana pero con el añadido de que esa vida debe ser o reconocerse como dependiente. Es decir se trata de asistir, ayudar, dar soporte o en definitiva cuidar de aquellas personas que lo necesitan, por no ser o no poder ser autónomas. Ello supone tener en cuenta las cuestiones materiales (el trabajo), económicas (el coste) y relacionales (los afectos y emociones) del cuidado, tanto a nivel de prácticas cotidianas como de políticas del Estado del Bienestar. Con el añadido de que tales consideraciones conducen de inmediato a la necesidad de: acotar el cuidado en relación a los criterios actuales de autonomía personal y dependencia; revisar qué se entiende por tales conceptos a lo largo del ciclo de vida de las personas, y plantear la necesidad de organizar socialmente el cuidado.

Esta visión del cuidado no centra su definición en el reconocimiento del mismo como un tipo de trabajo pero hace difícil olvidarse de ello. De hecho algunas voces no dudan en pronosticar que el futuro del trabajo de cuidado es femenino. Una predicción sencilla de cumplir si se tiene en cuenta la lógica del crecimiento de empleo en la Unión Europea durante estas dos últimas décadas, donde los servicios acaparan ese aumento. De manera especial, en el ámbito de los servicios a las personas donde la cantidad de empleo es tan notoria como la poca calidad de unos empleos denominados *pink collars*, por su aplastante presencia femenina. Algo parecido sucede si se considera la lógica demográfica que preside la población europea. Ahí el aumento del proceso de envejecimiento de la población va acompañado, en particular en los países del sur de Europa, por una baja tasa de natalidad. Por lo que las necesidades del cuidado de personas dependientes es manifiesta y ello demanda un aumento de los servicios públicos de bienestar o de los proporcionados por el mercado. O, cuando tales servicios no alcanzan, del trabajo de las mujeres en las familias, que en muchos casos viene reforzado o substituido por mujeres inmigrantes, tal como puede observarse en nuestro entorno más cercano. Por lo que el pronóstico de un futuro del trabajo de cuidado en femenino parece que va a cumplirse sin mayores contratiempos. Aunque sea ya obligado contabilizar como tales, la poca calidad de esos empleos reflejada en los bajos salarios, los horarios atípicos y la presencia de la economía sumergida, protagonizada, cada vez más, por mujeres inmigrantes. O, si se

trata, del cuidado desarrollado en el ámbito familiar, por el aumento de la subordinación de las mujeres en el entorno del hogar-familia, dado que las tareas de cuidado de la vida no hacen sino reforzar la división sexual del trabajo. Sean o no vividas o percibidas desde el amor y sea el cuidado considerado o no como trabajo.

El cuidado y la dependencia

Parece plausible relacionar la aparición del trabajo de cuidado con el aumento de las necesidades derivadas del aumento de las personas dependientes. A ello ha contribuido en gran manera el envejecimiento de la población, tal como ya ha quedado dicho. Una contribución que es decisiva y queda muy por encima de las voces que achacan tal aumento de necesidades al mito de la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo, como si la mayoría de mujeres no hubiesen trabajado nunca. En una visión que, por otra parte, contempla tal incorporación como si hubiese supuesto el no cumplimiento de tales necesidades mediante el abandono de las tareas doméstico-familiares, por parte de las mujeres.

Sorprendentemente, suele olvidarse la incidencia de la dimensión temporal en el crecimiento de las necesidades de dependencia. Ahí cabe precisar que, más allá de considerar el envejecimiento como consecuencia de la lógica diacrónica del tiempo de vida, se olvida que el actual ciclo laboral puede llegar a ser más corto que el ciclo de la vida de una persona. Un ciclo vital donde el espectacular aumento de la desregulación de la jornada laboral provoca que satisfacer las necesidades de la autonomía personal sea cada vez más complicado o costoso. Debiendo señalarse que tales complicaciones se ven agravadas, en el modelo masculino, por la cada vez más tardía entrada en el mercado de trabajo y la más temprana jubilación. Algo que nunca ha sucedido en las pautas femeninas de ese ciclo vital, donde la doble presencia vivida, hoy en día, como una limitación para la gran mayoría de las mujeres adultas, puede llegar a ser una posible solución para toda la población no dependiente. Puesto que la doble presencia, además de un lema acertado, muestra las posibilidades de afrontar la lógica sincrónica y cotidiana que entrelaza el tiempo, el trabajo en el mercado y las tareas de atención y cuidado de las necesidades de la vida, o si se prefiere, de la dependencia. En el supuesto de que todas las personas hemos sido, somos y llegaremos a ser dependientes en algún momento de nuestro ciclo de vida.

En este punto, parece obligado que las reflexiones sobre el cuidado alcancen a reflexionar sobre qué se entiende por dependencia. Y aquí resulta obligado aprender de quienes mejor han contribuido a fijar las bases de la cuestión, más allá del saber común y del vago interés de las voces académicas por el tema. Se

trata de la comunidad agrupada bajo el «Foro de Vida Independiente»⁶ que, en este país ha hecho oír su voz en torno a la ya citada ley de dependencia que tan diversas expectativas y controversias ha generado. El lema de tal comunidad «nada sobre nosotros sin nosotros» es un excelente punto de partida para reflexionar sobre el significado y el contenido de contemplar la dependencia no sólo como algo derivado de la discapacidad. Sino que forzando la pretendida normalidad, percibe la dependencia como algo consustancial al desarrollo de una vida, en la que son mayoría las personas que, en mayor o menor medida, dependen de otras para subvenir a sus necesidades cotidianas. A partir de ahí, el escollo radica en fijar o revisar los criterios que llevan a ser considerada o a considerarse persona autónoma o dependiente en esta sociedad. Punto éste donde, de nuevo, la lógica mercantil y el modelo masculino de ciclo de vida marcan la pauta dominante tanto a nivel personal como en relación al modelo de provisión de servicios, en las actuales sociedades del bienestar.

Tanto es así, que las bases conceptuales sobre las que se ha desarrollado la reciente ley de dependencia española ligan estrechamente esa dependencia al reconocimiento de la discapacidad. Si bien tal reconocimiento atiende no sólo a cuestiones relacionadas con la salud sino que contempla las necesidades derivadas del entorno social. Según ese marco de referencia, la ley atiende a las dificultades de las personas para desarrollar sus actividades habituales (AVD), a la hora de establecer los baremos para ser beneficiario de la misma. Y ahí mezcla en un *totum revolutum*, a personas mayores dependientes y a personas discapacitadas físicas y psíquicas, sea cual sea su edad, siempre que, eso sí, necesiten de otra persona para cumplimentar sus necesidades cotidianas.

Algunos de los estudios previos a la promulgación de la ley⁷ se enmarcan en esas mismas coordenadas. Un rasgo a destacar es que dichos estudios ponen de manifiesto un baile de cifras sobre el volumen de personas dependientes nada banal, dado que ello repercute en el volumen de quienes finalmente la ley estima que tienen derecho a ser atendidos y, como no, en el coste económico de la misma.⁸ En su mayoría, esos estudios se decantan por orientar la

6. Puede consultarse su manifiesto y otros documentos que hablan de la historia, actividades y proyectos de esta comunidad en <http://www.minusval2000.com/relaciones/vidaIndependiente/manifiesto.html>

7. Véase principalmente el último resumen de los especialistas Elsa Palacio-Antonio Abellán, «Diferentes estimaciones de la dependencia y discapacidad en España», Madrid, Portal Mayores, *Informe Portal Mayores*, nº 56, versión 10 en <http://www.imsersomayores/documentos/documentos/abellan-estimaciones-10.rtf>. También el estudio realizado para la Fundació Institut Català de l'Envel·liment-UAB, Estudio del modelo de atención a las personas mayores con dependencia en España en diciembre de 2004.

8. Por sólo citar dos breves ejemplos, en el estudio de la Fundació de l'Institut Català de l'Envel·liment realizado por «Edad y Vida. Instituto para la mejora, promoción e innovación de la calidad de vida

dependencia hacia la atención a las personas mayores. Probablemente porque, en España, ése sea el mayor colectivo de personas necesitadas de cuidado, en un futuro que consituye ya un presente inmediato, a pesar de que tal necesidad no goce de pleno consenso social sobre como puede y debe ser atendida. Dado que, en este caso, y al contrario de lo que sucede con el cuidado de las criaturas, la fuerte tradición familista española se ve ampliamente reforzada por la falta de servicios públicos proporcionados por el Estado del Bienestar y por lo escasos y caros servicios ofrecidos por el mercado. Siendo preciso destacar que, más allá de los inconvenientes derivados del coste económico que supone la aplicación de la nueva ley,⁹ lo especialmente difícil de solventar va a ser la falta de consenso y legitimidad social en torno al cuidado de este tipo de dependencia. Una dificultad apreciable, a través de las fuertes resistencias culturales ante un cambio de mentalidad que sí ha favorecido, por ejemplo, el surgimiento de todo tipo de servicios para el cuidado de las criaturas y jóvenes, que no siempre son públicos y ni mucho menos baratos. Y que en este último caso cuentan, además, con el discurso de las voces sensibles a poner en evidencia el desigual reparto de las tareas doméstico-familiares. Sensibilidad que, sin embargo, suele pasar de puntillas sobre el cuidado de la dependencia, ligado a las personas mayores y olvida el relacionado con el de las personas discapacitadas. En definitiva, un conjunto de factores y reflexiones que, sin duda alguna, deberán formar parte del debate en torno al cuidado y a la dependencia.

Los SAD, ¿una solución a corto plazo?

Así las cosas, conviene destacar, asimismo, que ese debate y la propia aplicación de la ley de dependencia vuelven a poner en el punto de mira la importancia de los servicios de atención a la vida diaria (SAD) aunque ya nadie los reclame como nuevo yacimiento de empleo. Conviene recordar, de nuevo, que tal como han hecho evidentes los estudios comparativos de las políticas de bienestar europeas, la existencia de tales servicios marca la diferencia entre los países escandinavos y los mediterráneos. Constituyendo un servicio

de las personas mayores» se cita, con datos de 1999, un volumen de 1.600.000 personas mayores de 65 años, de las que se estima que un 23,5% potencialmente pueden necesitar algún tipo de soporte de AVD aunque sea moderado, para la gran mayoría. Mientras que la ley de dependencia del 2006 estima un total de 1.200.000 personas que forman parte del total de colectivos que potencialmente pueden ser atendidos.

9. La ley prevé un coste de 26.000.000• a implantar gradualmente hasta 2015, la intervención de las comunidades autónomas en esa financiación y el posible copago por parte del usuario, términos todos ellos en discusión en estos momentos. Con el añadido de que los criterios de universalidad e individualización son prioritarios en la definición de la ley al igual que se potencia la oferta de servicios, por encima de las prestaciones de dinero a las personas beneficiarias.

auspiciado por los derechos de ciudadanía, de manera indiscutible entre los primeros, y un vacío difícil de llenar, entre los segundos. Precisamente por ello, los SAD devienen una pieza clave en la redefinición de las políticas de bienestar, en general y en las de equidad de género, en particular. Siendo su reivindicación como eje prioritario de la organización social del cuidado el mejor camino para revisar el contrato social entre hombres y mujeres, actualmente vigente en las sociedades del bienestar.

Nadie duda de que el desarrollo de los SAD, por sí solo, no se convierte en la panacea para solventar la problemática planteada en torno al cuidado y a la dependencia. Porque en realidad, esa problemática atañe no sólo al replanteamiento del actual Estado del Bienestar sino, también, al tipo de soluciones colectivas con las que afrontar el cuidado de la vida humana. Un propósito que las sociedades del bienestar sólo ha afrontado, en los países donde ello ha podido ser planteado, desde la lógica de un sistema socio-económico capitalista que no tiene el cuidado de la vida humana en su eje de prioridades. Y que, incluso en los regímenes de bienestar más igualitarios, no puede evitar el aumento o persistencia de las desigualdades sociales por razón de clase, género y etnia. Un trío de desigualdades que los SAD reflejan a la perfección en entornos bien cercanos. Sin necesidad de apelar a mayores evidencias empíricas, es de sobras conocido que los SAD son, en la actualidad, un ghetto laboral femenino precarizado, al que se accede con una mínima formación requerida. Una realidad que no hace más que contribuir a la falta de prestigio de unas tareas complejas, demasiado cercanas a un referente servil y demasiado alejadas del ámbito socio-sanitario que dificultan su adecuada profesionalización. Ante ello, las excusas para conseguir esa ineludible profesionalización no pueden continuar atrapadas entre quienes claman ante el riesgo de crear más criadas para las clases medias urbanas, por un lado. Y las especificidades del amor y los sentimientos que, por otro lado, al parecer acompañan a este tipo de tareas. Una perspectiva, esta última, que parece afrontar el cuidado de la dependencia exclusivamente en el ámbito doméstico-familiar.

Por otra parte, tener en cuenta que los SAD deben profesionalizarse supone asumir que su capacitación técnica y correspondiente acreditación académica debe aumentar y estar basada más en el «saber estar» y «saber decir» que en el «saber hacer». Y esa puede y debe ser una vía de solución a corto plazo. Al igual que construir una demanda social, alejada del imaginario familista, en la que la naturalización de la subordinación femenina sea reemplazada por el respeto a la profesionalidad de quien desempeña el servicio. Algo que sí se ha logrado tanto en el ámbito sociosanitario como en el de la enseñanza, plenamente aceptados y reivindicados como sectores públicos, a pesar de las erosiones sufridas por ambos sectores en épocas muy recientes. Asimismo, va a resultar imprescindible revisar la idea de que las mujeres, sólo por el hecho

de haber sido educadas en femenino son las únicas y las más excelentes cuidadoras de la vida de las personas con las que conviven. Ya que, a pesar de las dificultades que tal revisión entraña, ésta es una de las posibilidades para lograr que los SAD sean una realidad profesional y prestigiada en las políticas de bienestar. Y lo que es más importante, todavía, esa revisión es una de las mejores vías para lograr que los sujetos masculinos adultos dejen de presumir de ser autónomos e independientes y aprendan a dar valor e importancia a saber a cuidar de sí mismos y a cuidar de la vida de los demás.

En España, la tutela pública del desarrollo de los SAD debe ser una realidad mínima obligada, en un entorno que tiene muy difícil alcanzar a corto plazo los servicios públicos necesarios, a pesar de un marco legislativo más favorable. Además, dado que los SAD son servicios de proximidad, por excelencia, las administraciones locales pueden y deben ser los marcos idóneos para su implantación y desarrollo. Ello significa no aceptar tolerancia social alguna ante la economía sumergida y/o actuaciones de voluntariado, amparadas desde lógicas de beneficencia, por rancia que sea la tradición que ampare tales actuaciones. Asimismo, debe señalarse que debatir sobre el financiamiento o el coste económico de tales servicios, sin más, suele ser un mal camino. Pues el árbol que supone el reconocimiento de ese coste acostumbra a impedir la visión del bosque de quien asume realmente esos cuidados. A saber, mujeres en posición de subordinación social y económica, por lo general, inmigrantes en situaciones de extrema precariedad.

Así las cosas, parece incuestionable plantear, a largo plazo, horizontes de más amplio alcance, que ya han sido comentados en párrafos anteriores, por utópicos que parezcan. A modo de apunte y resumen final, sólo cabe citar la necesidad de revisar social y económicamente, los conceptos de cuidado y dependencia. Sin olvidar que la autonomía personal y el bienestar cotidianos son empeños que difícilmente se resuelven individualmente sin contar con los demás. Y que la actual división sexual del trabajo debe revisarse tanto en el ámbito laboral como en el doméstico-familiar porque el balance de las políticas de género no parece ser muy optimista.¹⁰ De ahí que la reivindicación de la organización social del cuidado sea indispensable para lograr un nuevo contrato social entre hombres y mujeres.

10. Véanse los balances de las políticas de género en el ámbito laboral desarrolladas, entre otras especialistas, por el grupo liderado por Jill Rubery en la UE, así como los últimos balances de R. M. Crompton sobre la persistencia del desigual reparto de las tareas doméstico-familiares entre hombres y mujeres, en estos últimos diez años. O los cálculos de M^a Angeles Durán sobre cuanto va a costar que las españolas homologuen una carga total de trabajo similar a la de sus colegas europeas, según las estadísticas del uso social del tiempo en España.

Parece innecesario añadir que el cuidado de la vida, algo de lo que sí entienden las mujeres, es tarea y responsabilidad de todo el mundo y no sólo de los sujetos femeninos. Hoy en día, la sostenibilidad suele concitar grandes acuerdos, especialmente cuando aparece cercana a cuestiones medio ambientales. Dado el éxito del mensaje, parece oportuno preguntarse colectivamente qué lugar debe ocupar el cuidado de la vida humana en esa sostenibilidad. Una vida que aunque a algunos les parezca imposible sólo ha existido y existe como necesaria e indisolublemente ligada y dependiente de la de los demás. Y en la que, por ello, a pesar de los olvidos e ignorancias esbozados en estas páginas, el cuidado se convierte en un trabajo obligado que a todos atañe.